como no fuese observar que tenía las manos muy suaves, la voz cariñosa; y, sin embargo, emanaba de ella toda la ternura de la madre y todo el cariño de la hermana.

Durante tres semanas, como ella decía, lo cuidó como á un niño, lavándolo y acostándolo, prestándole los cuidados íntimos, sin mortificación, sin repugnancia, salvados ambos por la pureza santa del sufrimiento y de la caridad. Todo pasaba por cima de la vida.

Y llegada la convalecencia ¡qué buena intimidad, qué risas de viejos amigos! Ella le velaba aún, le reñía, le daba palmadas en los brazos cuando se obstinaba en tenerlos fuera de la cubierta de la cama.

El la miraba hacer pequeños enjabonados en la jofaina, lavarle algunas camisa, para ahorrarle los quince céntimos de lavado. Nunca subía nadie, siempre estaban solos, á mil leguas del mundo, encantados de aquella soledad, donde se regocijaba tan fraternalmente su juventud.

—¿Se acuerda usted, mi hermana, de aquel día en que anduve por primera vez? Usted me levantó y me sostuvo mientras yo titubeaba, sin saber hacer uso de mis piernas.... ¡Cómo se reía usted!

—Sí, sí, estaba usted fuera de peligro y yo tenía una alegría inmensa.

—¿Y el día en que usted me trajo cerezas? Nos estoy viendo: á mí, apoyado en las almohadas, y á usted sentada en el borde de la cama, con las cerezas entre los dos, en un gran papel blanco. No quise probarlas si usted no comía conmigo.... Entonces, tomábamos una cada uno, por turno. Eran muy buenas y vaciamos el papel.

—Sí, sí, muy buenas.... Lo mismo pasaba con el jarabe de grosellas no quería usted tomar, si no tomaba yo también.

Reíanse más alto; estos recuerdos los encantaban.

Pero un suspiro doloroso de la Vétu les hizo volver á la hora presente.

Ferránd se inclinó y echó una ojeada á la enferma, que no se había movido.

La sala conservaba su gran tranquilidad, turbada únicamente por la voz clara de la Dèsagneaux, que contaba ropa blanca.

Ahogado por la emoción, el joven médico continuó en voz más baja.

—¡Ay, hermana mía, aunque viva cien años y pruebe todos los goces y todas las ternuras, nunca amaré á otra mujer como la amo á usted!

Entonces sor Jacinta bajó la cabeza, aunque sin confusión, y continuó cosiendo.

Un ligero rubor sonorsó su cutis de irio.

—Yo también le quiero á usted mucho, Sr. Ferránd. Pero no hay que volverse orgullosa. Hice por usted lo que he hecho por tantos otros. Es mi profesión. Lo único agradable que hubo en todo aquello, fué que Dios le curó á usted.

Fueron interrumpidos de nuevo.

La Grivota y Elisa Rouquet volvían de la Gruta antes que los demás.

Inmediatamente la Grivota se acurrucó en el colchón, puesto en el suelo, al pie de la Vétu, y sacó del bolsillo un pedazo de pan, que se puso á devorar.

Ferránd, desde el día anterior, se interesaba por aquella tísica que é travesaba un período de agitación tan curioso, presa de un apetito exagerado y de una febril necesidad de movimiento.

Pero en aquel instante, el caso de Elisa Rouquet le llamó todavía más la atención, porque era evidente que el lupus, cuya llaga le comía el rostro, se había enmendado.

Continuaba las lociones en la fuente milagrosa. Acababa de salir, precisamente, de la oficina de atestaciones, donde el doctor Bonamy había triunfado.

Sorprendido, Ferránd se acercó, examinó aquella llaga, ya pálida, algo seca, que distaba mucho de estar curada, pero donde empezaba todo un trabajo sordo de curación. Y el caso le pareció tan curioso que prometióse tomar algunas notas para uno de sus antiguos profesores de la Escuela, que estudiaba el origen nervioso de ciertas enfermedades de la piel, determinadas por un transtorno de la nutrición.

—¿Ha sentido usted picazones?—le preguntó el médico.

—No, señor. Me lavo y rezo mi rosario con toda el alma; y nada más.

La Grivota, vanidosa y celosa, que triunfaba entre la muchedumbre desde la víspera llamó al médico.

—¡Yo, señor doctor, estoy curada, pero curada completamente!

El sonrióse, hizo un gesto amistoso, negándose á examinarla, y dijo:

—Ya sé hija mía. No tiene usted nada.

En aquel momento, sor Jacinta lo llamó. Esta había dejado la costura, viendo que la Vétu se incorporaba, con unas náuseas atroces. Por mucha prisa que se dió, no llegó á tiempo con la jofaina. La enferma había tenido otro vómito de deyecciones negras, parecidas al hollín, mezcladas con chorrillos de sangre violácea. Era la hemorragia, el fin próximo que Ferránd temía.

—Avise usted á la directora,—dijo en voz baja, instalándose para permanecer al lado de la cama.

Sor Jacinta corrió á buscar á la señora de Jonquière: La ropa blanca quedaba contada, y la hermana encontró á la directora en conversación con su hija Ramona, aparte, mientras la Désagneaux se lavaba las manos.

Ramón acababa de escaparse un momento del refrectorio, donde se hallaba de servicio. Era para ella la carga más pesada. Aquella larga sala estrecha, con sus dos hileras de mesas grasientas, con su repugnante olor de agrio y miseria, la revolvía el estómago. Había subido de prisa, aprovechando la media hora que le quedaba, antes de que volviesen los enfermos.

Sofocada, con el cutis encendido y los ojos brillantes, se echó al cuello de su madre.

—¡Ay, mamá, qué dicha!... ¡Ya está!

Sorprendida, y con la cabeza llena del zumbido de la dirección de la sala, la señora de Jonquière no comprendía una palabra.

—¿Qué, hija mía?

Entonces, Ramona bajó la voz y añadió ruborizándose un poco:

—¡Mi casamiento!

La madre se regocijó á su vez. Una viva satisfacción brilló en su grueso rostro de mujer madura, todavía hermosa y agradable. Inmediatamente se acordó del pisito de la calle Vaneau, donde, después de la muerte de su marido, había educado con tantas privaciodes á su hija con el poco dinero que le dejara. El matrimonio era la vuelta á la vida, los salones abiertos, la reconquista de la hermosa situación de otros tiempos.

—¡Ay, hija mía, cuánto me alegro!

Pero bruscamente experimentó cierto embarazo! Dios era testigo de que hacía tres años que venía á Lourdes por pura caridad, por la gran satisfacción de cuidar á sus queridos enfermos.

Sin embargo, si hubiese hecho su examen de conciencia, tal vez hubiera encontrado en su abnegación algo de su naturaleza autoritaria, que le hacía muy grato el ejercicio del mando, y la esperanza de encontrar un marido para su hija, entre los jóvenes de su clase que pululaban en la Gruta, no hubiera llegado sinceramente hasta lo último.

La buena señora pensaba en esto, naturalmente, como en una cosa posible, de la cual no hablaba.

Sin embargo, la alegría le arrancó esta confesión.

—¡Ay, hija mía, no me extraña ese buen resultado, porque esta mañana se lo había rogado á la Vírgen!

Quiso luego saberlo con certeza y se hizo dar detalles.

Ramona no le había referido aún su largo paseo de la víspera, del brazo de Gerardo, porque deseaba no hablarle de estas cosas hasta poderse presentar triunfante, segura de haber conquistado al fin un marido.

Y ya estaba hecho. Aquella misma mañana en la Gruta había vuelto á ver al jóven, que le dió formalmente palabra de casamiento.

Seguramente Berthadd pediría la mano de Ramona para su primo antes de salir de Lourdes.

—Vamos,—declaró la señora de Jonquière,—que se reponía de su escrúpulo, sonriente, contentísima en el fondo; espero que seras feliz, puesto que eres tan juiciosa y no me necesitas para llevar á buen término tus negocios ¡Abrázame!

Entonces fué cuando llegó sor Jacinta, para anunciar la muerte inminente de la Vétu.

Ramona se fué corriendo, y la Désagneaux; que se secaba las manos, trinaba contra las damas auxiliares, todas las cuales habían desaparecido, precisamente por la mañana, cuando más falta hacían:

—Por ejemplo,—añadió la señora Volmar....—¿Dónde se habrá metido? No se la ha visto ni un instante desde que llegamos.

—Deje usted á la señora Volmar tranquila,—contestó la de Jonqvière algo impaciente.—Dije á usted que estaba enferma.

Ambas corrieron al lado de la Vétu. Ferránd esperaba de pie; y sor Jacinta le preguntó si se podía hacer algo por la enferma.

El médico contestó negativamente con la cabeza.

La moribunda, como aliviada por su primer vómito, se había quedado inerte, con los ojos cerrados.

Pero repitióse la horrible náusea y arrojó nuevas deyecciones negras, mezcladas con sangre violácea.

Luego tuvo otro momento de calma y abrió los ojos; reparó en la Grivota, que comía vorazmente su pan, en el suelo, sobre el colchón; y sintiéndose morir, murmuró:

—¿Está ya buena verdad?

La Grivota la oyó y exaltóse.

—¡Oh, sí, señora; buena, completamente buena!

Un instante, la Vétu pareció presa de una tristeza abominable, de la sublevación del ser que no quiere concluir, cuando los demás continúan viviendo.

Pero pronto se resignó. Oyósela decir en voz baja:

—Es la gente joven la que ha de quedar. La Santa Vírgen ha hecho bien.

Y sus ojos, que no pestañeaban, giraban como diciendo adiós á todas aquellas personas, cuya presencia la extrañaba. Se esforzó en sonreirse al encontrar la mirada de ávida curiosidad que la pequeña Sofía Couteau tenía fija en ella.

La niña había ido á besarla en su cama, aquella mañana misma.

Elisa Rouquet, sin ocuparse de nadie, había cogido el espejo y estaba absorta en la contemplación de su faz, que creía ver embellecer á ojos vistos desde que la llaga se secaba.

Pero fué sobre todo el espectáculo de María, tan encantadora en su éxtasis, lo que pareció embelesar á la moribunda. La miró largamente volviendo siempre los ojos hacia ella, como á una visión de luz y de alegría. Quizá creía ya divisar á las santas del paraíso.

Bruscamente se repitieron los vómitos, en los cuales ya no había más que sangre, esa sangre corrompida, de un color vinoso. La hemorragia fué tan fuerte, que salpicó la sábana, ensuciando toda la cama.

En vano las señoras de Jonquière y Désagneaux, traían servilletas y toallas, una y otra muy pálidas y con las piernas que les flaqueaban.

En su impotencia, Ferránd había rotrocedido hasta la ventana, en el sitio en que acababa de experimentar una emoción tan deliciosa, mien-

tras que por un movimiento instintivo, del cual seguramente no tenía conciencia, sor Jacinta volvía también á aquella ventana dichosa, como para arrimarse á él.

—¡Dios mío!—repitió;—¿nada puede usted hacer para salvarla?

—¡Nada, absolutamente! Va á morir así, como una lámpara que se vacía.

Extenuada, con un hilito rojo que aún la salía de la boca, la Vétu miró fijamente á la señora Jonquière, moviendo los labios.

La directora se inclinó, oyó frases lentas, entrecortadas, concluídas apenas.

—Para mi marido, señora... La tienda está en la calle Monffetard; ¡oh! muy pequeña; no lejos de los Gobelinos... Es relojero; no pudo acompañarme, naturalmente, á causa de la clientela; va á encontrarse muy apurado cuando vea que no vuelvo... Sí, yo limpiaba las joyas, yo iba á los recados.

La voz se dibilitaba, las palabras se espaciaban en el estertor.

—Hágame usted el favor de escribirle, porque yo no he podido hacerlo; y todo se acabó... Dígale usted que mi cuerpo se queda en Lourdes; costaría demasiado transportarlo á París... Y que vuelva á casarse, es necesario para el comercio... La prima; dígale usted que la prima...

No siguió más que un murmullo confuso. La debilidad era extrema; la respiración se detenía. Sin embargo, los ojos aún permanecían abiertos y vivos, en la faz amarilla, de una palidez de cera.

Y aquellos ojos parecían agarrarse desesperadamente al pasado, y todo lo que iba á dejar de existir para ella; á la pequeña relojería, en el fondo de un barrio populoso; al tren uniforme y dulce del hogar, con un marido laborioso, constantemente encorvado sobre los relojes; á las grandes diversiones del domingo, que consistían en ver volar cometas en las fortificaciones.

Los ojos se ensancharon luego, buscando en vano la luz en la espantosa noche que los envolvía.

La señora de Jonquière se inclinó por última vez, viendo moverse suavemente los labios. No fué más que una ligera agitación del aire, una voz del otro mundo que balbuceaba, remota, con una desolación inmensa:

—No me ha curado.

Y la Vétu expiró muy suavemente.

Como si no esperase otra cosa, la pequeña Sofía Couteau, satisfecha, saltó de la cama y se volvió á jugar con su muñeca al extremo de la sala.

Ni la Grivota, ocupada en acabarse su pan, ni Elisa Rouquet entretenida en mirarse al espejo, repararon en la catástrofe.

Pero á la fría corriente que pasaba, á los cuchicheos consternados de las señoras de Jonquière y Désagneaux, poco acustambradas al espectáculo de la muerte, María pareció despertar.

Salió, efectivamente, del arrobamiento de espera en que la sumía la continua oración de todo su sér, sin palabras que le despegarán los labios. Y cuando hubo comprendido lo que pasaba, sintió una compasión fraternal de compañera de dolor, segura de su curación, y prorrumpió en llanto.

—¡Ah! ¡Pobre mujer! ¡Muerta tan lejos y tan sola á la hora de renacer!

Ferránd, profundamente conmovido también, á pesar de la diferencia profesional se había adelantado para comprobar la muerte.

A una señal del médico, sor Jacinta cubrió con la sábana la faz de la muerta, pues no había que pensar en llevarse el cadáver en aquel momento.

Los enfermos volvían á bandadas de la Gruta. La sala, tan tranquila y bañada por el sol, se llenaba de ese tumulto de miseria y sufrimiento, de toses profundas, de piernas pesadas, del olor apestoso, del cúmulo lamentable de todas las enfermedades humanas.